

Plaza pública para la edición del 1o. de febrero de 1994

- El Presidente Elector
- Psicología del gato

Miguel Ángel Granados Chapa

Ignoro si la expresión fue originalmente suya, pero estoy cierto de haberla oído por primera vez de Jesús Puente Leyva, hace más de tres décadas. El ahora brillante embajador de México era en 1960 un aventajado estudiante de economía en la Universidad de Nuevo León. Participó en un concurso de oratoria organizado por el PRI, que ese año tuvo lugar en Pachuca, donde no obtuvo el triunfo quizá porque denunció a los políticos afectados por la psicología del gato, consistente en hacer su porquería y luego taparla.

En efecto, la práctica de tirar la piedra y esconder la mano es usual en la política. Fidel Velázquez es un maestro en ese arte. Suelta una afirmación escandalosa, causa el efecto que busca y luego elude su responsabilidad, atribuyéndolo todo a deformaciones de los medios de difusión. Con motivo de su salvaje recomendación de exterminar al Ejército Zapatista de Liberación Nacional, por ejemplo, la CTM pretendió exonerarlo reproduciendo el texto íntegro de sus declaraciones. Ciertamente, el propio Velázquez buscó edulcorar su dicho inicial con matices que, sin embargo, no alcanzaron a privar de su primitivo sentido la expresión que salió de su alma.

La operación puede a veces adquirir el sentido de formular una declaración y eludir la responsabilidad formal de haberla expresado. Ese fue el caso de una porción muy relevante del relevante discurso

del Presidente Salinas pronunciado el jueves 27 de enero. El Ejecutivo reunió a los priistas que ejercen mando político, como lo ha hecho varias veces, generalmente en vísperas de su informe anual. El tema central era la sublevación de Chiapas y sus implicaciones y consecuencias. Puesto que una de ellas es el desconcierto generado en el PRI por la reaparición y alzamiento (en el sentido de que sus bonos políticos fueron al alza) del ex canciller Manuel Camacho, y el eventual recambio de la candidatura presidencial de Luis Donaldo Colosio, el Presidente se refirió a esa coyuntura.

El subconciente le hizo una mala pasada y, al escoger la expresión coloquial adecuada para referirse a la confusión que deseaba frenar, la rebelión chiapaneca se hizo presente. Ha surgido allí una bola, como se llama en México a una "reunión numerosa de gente en desorden" y también a las sublevaciones populares. La bola, se llama la novela de don Emilio Rabasa, que al referirse a otras previas, anticipó la convulsión popular que se iniciaría en 1910. Irse a la bola es lo que han hecho los zapatistas de Chiapas. Al intentar que los priistas dejaran de imaginar posible la defenestración de Colosio, el Presidente mismo se hizo bolas mientras recomendaba a sus correligionarios que no lo hicieran.

Al contrario de lo que ha sucedido en ocasiones semejantes, esta vez se difundió una versión de lo dicho por el Presidente. Pero fue una versión expurgada. La televisión difundió un texto editado, y la oficina de prensa presidencial envió "extractos" del discurso, que era en realidad toda la intervención presidencial, salvo la referencia expresa a Colosio. Sea que se advirtiera el error de hacer tan expresos el

nombramiento y la ratificación presidencial en favor del candidato priísta, o simplemente para que no quedara constancia formal de su declaración, el párrafo correspondiente fue eliminado. Pero como al mismo tiempo se buscaba que los priistas “no se hicieran bolas”, es decir orientarlos para que no supongan que Colosio perdería la candidatura, se pidió al dirigente cromista Ignacio Cuauhtémoc Paleta que, como cosa suya, esparciera la versión que fue puesta en relieve por los medios de información.

Con su referencia a Colosio, el Presidente Salinas privó a su propio discurso del contundente efecto que pudo haber tenido, puesto que en él mismo anunció el insólito acuerdo en que los tres partidos principales, que no coinciden ni en afirmar que el sol, sale por el oriente, convinieron en bases mínimas para asegurar la transparencia electoral. ¿Qué credibilidad se puede atribuir a Fernando Ortiz Arana y a Colosio mismo, firmantes del pacto de civilidad, si del modo más descarnado posible se hace notar que no es su voluntad, ni la del resto de los priistas, la que cuenta en su partido, sino la del Presidente de la República? ¿Cómo confiar en que el Estado no pondrá sus recursos al servicio del candidato priísta si el Presidente de la República no se recata para hacer saber que a él, y sólo a él, debe Colosio su candidatura?

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA

El Presidente Elector

Al pretender que los priístas con quienes se reunió el jueves pasado, "no se hicieran bolas" el Presidente Salinas dejó una vez más al descubierto el papel determinante, único, que su voluntad tiene en el partido oficial, y disminuyó el efecto que pudo haber tenido el pacto de civilidad.



Ignoro si la expresión fue originalmente suya, pero estoy cierto de haberla oído por primera vez de Jesús Puente Leyva, hace más de tres décadas. El ahora brillante embajador de México era en 1960 un aventajado estudiante de economía en la Universidad de Nuevo León. Participó en un concurso de oratoria organizado por el PRI, que ese año tuvo lugar en Pachuca, donde no obtuvo el triunfo quizá porque denunció a los políticos afectados por la sicología del gato, consistente en hacer su porquería y luego taparla.

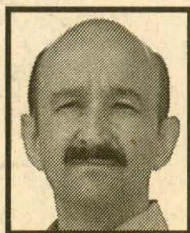
En efecto, la práctica de tirar la piedra y esconder la mano es usual en la política. Fidel Velázquez es un maestro en ese arte. Suelta una afirmación escandalosa, causa el efecto que busca y luego elude su responsabilidad, atribuyendo todo a deformaciones de los medios de difusión. Con motivo de su salvaje recomendación de exterminar al Ejército Zapatista de Liberación Nacional, por ejemplo, la CTM pretendió exonerarlo reproduciendo el texto íntegro de sus declaraciones. Ciertamente, el propio Velázquez buscó edulcorar su dicho inicial con matices que, sin embargo, no alcanzaron a privar de su primitivo sentido la expresión que salió de su alma.

La operación puede a veces adquirir el sentido de formular una declaración y eludir la responsabilidad formal de haberla expresado. Ese fue el caso de una porción muy relevante discurso del Presidente Salinas pronunciado el jueves 27 de enero. El Ejecutivo reunió a los priístas que ejercen mando político, como lo ha hecho varias veces, generalmente en vísperas de su informe anual. El tema central era la sublevación de Chiapas y sus implicaciones y consecuencias. Puesto que una de ellas es el desconcierto generado en el PRI por la reaparición y alzamiento (en el sentido de que sus bonos políticos fueron al alza) del ex canciller Manuel Camacho, y el eventual recambio de la candidatura presidencial de Luis Donaldo Colosio, el Presidente se refirió a esa coyuntura.

El subconsciente le hizo una mala pasa-

da y, al escoger la expresión coloquial adecuada para referirse a la confusión que deseaba frenar, la rebelión chiapaneca se hizo presente. Ha surgido allí una bola, como se llama en México a una "reunión numerosa de gente en desorden" y también a las sublevaciones populares. La bola, se llama la novela de Emilio Rabasa, que al referirse a otras previas, anticipó la convulsión popular que se iniciaría en 1910. Irse a la bola es lo que han hecho de los zapatistas de Chiapas. Al intentar que los priístas dejaran de imaginar posible la defenestración de Colosio, el Presidente mismo se hizo bolas mientras recomendaba a sus correligionarios que no lo hicieran.

Al contrario de lo que ha sucedido en ocasiones semejantes, esta vez se difundió una versión de lo dicho por el Presidente. Pero fue una versión expurgada. La televisión difundió un texto editado, y la oficina de prensa presidencial envió "extractos" del discurso, que era en realidad toda la intervención presidencial, salvo la referencia expresa a Colosio. Sea que se advirtiera el error de hacer tan expresos el nombramiento y la rati-



Al contrario de ocasiones anteriores, esta vez se difundió una versión de lo dicho por el Presidente, pero expurgada. La televisión difundió un texto editado, y la oficina de prensa presidencial envió "extractos" del discurso, sin la referencia a Colosio.

ficación presidencial en favor del candidato priísta, o simplemente para que no quedara constancia formal de su declaración, el párrafo correspondiente fue eliminado. Pero como al mismo tiempo se buscaba que los priístas "no se hicieran bolas", es decir, orientarlos para que no supongan que Colosio perdería la candidatura, se pidió al dirigente cromista Ignacio Cuauhtémoc Páez que como cosa suya esparciera la versión que fue puesta en relieve por los medios de información.

Con su referencia a Colosio, el Presidente Salinas privó a su propio discurso del contundente efecto que pudo haber tenido, puesto que en el mismo anunció el insólito acuerdo en que los tres partidos principales, que no coinciden ni en afirmar que el sol sale por el oriente, convinieron en bases mínimas para asegurar la transparencia electoral. ¿Qué credibilidad se puede atribuir a Fernando Ortiz Arana y a Colosio mismo, firmantes del pacto de civilidad, si del modo más descarnado posible se hace notar que no es su voluntad, ni la del resto de los priístas, la que cuenta en su partido, sino la del Presidente de la República? ¿Cómo confiar en que el Estado no pondrá sus recursos al servicio del candidato priísta si el Presidente de la República no se recata para hacer saber que a él, y sólo a él, debe Colosio su candidatura?

...

CAJÓN DE SASTRE

Humberto Musacchio, que lo fundó y dirigió durante cincuenta números generalmente espléndidos, anunció ayer la desaparición de Comala, el suplemento cultural de *El Financiero*. En su breve despedida, dejó constancia de su agradecimiento a los directivos de ese diario, señaladamente Rogelio Cárdenas, y señaló la calidez de sus ahora ex compañeros. En diarios y revistas, Musacchio ha tenido una de las trayectorias más completas del periodismo mexicano contemporáneo. Tras de ser subdirector de *La Jornada* (y encargarse durante un año de las cruciales labores de edición, con equipos viejos e insuficientes) realizó la proeza de investigar, redactar y editar (al frente de un brevísimo grupo de trabajo) el *Diccionario Enciclopédico de México* que si bien apareció tras muy meritorias obras del mismo género (especialmente la *Enciclopedia de México* y el *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*) es ya un instrumento indispensable en toda tarea que requiera información sobre asuntos mexicanos. No exenta de fallas, la principal de esta obra es carecer de una ficha sobre Humberto Musacchio.